



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

# Lecturas para la pandemia

Ángeles Jurado Quintana



**DIPLOMA 2020**

# Lecturas para la pandemia

Ángeles Jurado Quintana

# Lecturas para la epidemia

Komenan Dagauh

El bibliotecario me contó que le gustaba hablar con los matos de su huerto mientras regaba. Por eso llevaba encima un libro de poemas de Keats en aquel preciso momento, cuando nos cruzamos a la altura de aquella terraza concreta y me invitó a un café.

Era un tipo peculiar, con la piel henchida de sol, el pelo lanoso y ojos brillantes. Acababa de terminar su turno en la biblioteca y quiso explicarme bien su labor agrícola en un barranco en las entrañas de la isla, así que ilustró su disertación con ejemplos. Confesó que los estirados apios disfrutaban con Flaubert y los clásicos franceses del siglo XIX. Las coles y el brócoli, anunció, crecían mejor con el realismo mágico latinoamericano. Por razones que se le escapaban, las zanahorias prosperaban con los cuentos de Anaïs Nin, Muriel Sparks, Rebecca du Maurier y Carson McCullers. En ese orden exacto. Las memorias de Ngugi wa Thiong'o complacían a las calabazas. Los tomates adoraban las historias de Roald Dahl. Los rosales que se colgaban de su soleado porche preferían que recitara a Dolores Campos-Herrero. Si probaba con otros poetas, me aseguró que se marchitaban sin remedio.

Había autores sobre los que la verdura no se pronunciaba y, entre ellos, citó a Arturo Pérez-Reverte. Otros complacían a todas las especies vegetales, desde el aloe a los nísperos, y mencionó a Antonio Lozano.

“El existencialismo no es muy popular en la huerta”, reconoció entonces él, pesaroso. “Y Sartre y Camus están entre mis autores favoritos”. Me explotó en la boca una risa áspera, porque las hortalizas le negaban el placer de leer a sus escritores preferidos mientras paseaba entre ellas. Declaró que encontraba pocas cosas más reconfortantes que el sonido del agua abriéndose paso en los surcos, entre las hierbas silvestres y la hojarasca de los aguacateros, al tiempo que leía un fragmento de *El extranjero* intentando no pisar los camellones.

Me explicó todo aquello en un pasado feliz, cuando los juegos de mesa, las citas y los clubes de lectura eran posibles. Antes de que llegara la enfermedad, cerrara los bares y vaciara las avenidas y las playas.

Él parecía algo tímido, pero mediado el segundo café, me confesó que me había visto fumar en el balcón. Eso me asustó, porque no soy la persona más ordenada del mundo y el balcón rebosa siempre cachivaches inservibles, ceniceros improvisados y geranios polvorientos. Al verme la cara de pánico, me malinterpretó y se azoró de tal forma que enrojeció como uno de sus tunos indios. Tartamudeó al justificar que vivía cruzando mi calle, justo frente a mi edificio, un piso por encima de mi propio piso. Separaban nuestros universos apenas cinco metros de adoquines lavados con salivazos y marcados con plásticos, mierdas de perro y estelas de ceniza. Terminó el café entonces y me dio dos besos atropellados. Cuando me pasé el revés de la mano por la cara, mi piel se manchó con su olor. Era un poco ácido, como a clorofila y bichos.

Desde ese día, me propuse asomarme al balcón con más frecuencia. Primero intenté ordenarlo un poco, desterrar de allí la jaula del loro gris que se me murió en la infancia, la escalera con churretones de pintura de la última mudanza y las botellas de cerveza que coleccionaba en mis

viajes. Luego instalé una sillita de mimbre y oculté tras ella un único cenicero de cerámica, fallido experimento de clase de pretecnología con las monjas. El día que me sentí preparada, me instalé allí con un camisón de raso azul recién comprado y un libro de más de seiscientas páginas. La tarde anterior había visitado la peluquería para que me cardaran el pelo, me barnizaran las uñas de los pies de color topo y me depilaran todos los recovecos del cuerpo.

No sé si él me observaba, porque yo no podía verlo. El sol restallaba contra mis ojos, haciéndome llorar, y un calor infernal dibujó dos manchas de sudor *in crescendo* a la altura de mis axilas. Hice equilibrios con la novela para taparlas con los brazos hasta que me harté y entré en casa, a ducharme y fumar un cigarro mientras reflexionaba. Mediada una cerveza decidí claudicar, presa del pánico escénico, y opté por abandonar el balcón durante una temporada.

Poco después de aquel café empezaron las noticias de la epidemia.

A cuentagotas primero, aparecieron como anécdotas en los márgenes de las noticias. Cuando aumentó el ritmo del goteo de casos y se fueron acercando los contagios, ocuparon el centro de los noticieros, los debates políticos y hasta las tertulias del corazón.

Me negué a cambiar mi vida. Por puro activismo, atrasé lo de fumar en el balcón y me llevé el paquete de cigarrillos y la novela a mi terraza favorita. Intentaba leer, pero no lograba enlazar dos líneas sin distraerme, segura de que había percibido su sombra cernirse sobre mi mesa o de que era su carraspeo educado el que me asaltaba por la espalda. Multipliqué los préstamos y las devoluciones de libros intentando cruzarme con él en la biblioteca. Imaginaba qué estaría leyendo a sus acelgas, qué autores preferirían los calabacines, cómo apreciarían sus berenjenas algo de Almudena Grandes o Eduardo Mendoza.

Poco después de que la epidemia lanzara sus primeros embates, llegaron las lluvias. Unos goterones cansados que no lograban limpiar la tierra de la atmósfera y marcaban el asfalto con dibujos de arena. Los alisios se llenaron de libélulas y justo después, de langostas que llegaban del Sáhara, prendidas entre sus cálidos pliegues. Las últimas en arribar fueron las mantis y las hormigas voladoras. El cielo se quedó como desteñido, similar al de una foto en sepia del siglo pasado. Los asmáticos se dejaban la vida por las esquinas.

Intentábamos que la vida continuara, pero los días se transformaron en un bucle de muertos, nuevas prohibiciones, visitas a farmacias y tiendas armados con mascarillas y listas inacabables de recados. Los corredores y los ciclistas desaparecieron de las avenidas y los sustituyeron, al anochecer y apurados, los dueños de perros y los fumadores que bajaban a deshacerse de las bolsas de basura en los contenedores. Era imposible disgustarse por los alaridos de un niño o quejarse de los voladores o la interrupción de la siesta por la sirena de los cruceros o la llamada al telefonillo de los testigos de Jehová. Nos habituamos a pedir libros en catálogos online, que unos mensajeros forrados en plástico nos dejaban en el buzón a horas intempestivas. También a llamarnos los unos a los otros por videoconferencia y quedarnos sin palabras, mirándonos los unos a los otros, como bebiéndonos por los ojos. Nos obsesionamos con devorar series de pago en la televisión de manera ininterrumpida o con descargarnos repositorios de revistas viejas en pdf que no alcanzábamos a leer o con acumular visitas virtuales a todos los museos que no pudimos pisar en unos tiempos que no sabíamos mejores.

Mi supervivencia era anodina. El aislamiento me pilló sola en casa y la vida se me iba entre devorar los libros que no pude devolver a tiempo a la biblioteca, intentar mejorar mis croquetas y memorizar los documentales de animales que programaban en La 2. Regresé al balcón en la segunda semana de cuarentena, cuando se me gastaron las excusas para vararme en el salón, amodorrada por la cerveza. Idris Elba había dado positivo en la prueba del virus y me había hartado de escuchar a la gente que recitaba sus relatos, tocaba sus canciones o daba clases de yoga en Facebook. Me quedaba un solo paquete de cigarrillos mentolados, que me costó una fortuna en el único hipermercado que seguía abierto en el barrio. Las tiendas chinas donde los compraba habitualmente clausuraron con el inicio de la epidemia y la carestía nos acosaba.

Cuando salí al exterior, la tierra tapaba los geranios, el sillón y el cenicero y enturbiaba también el cristal de la ventana. La novela de más de seiscientos páginas se agazapaba allí, con las entrañas como apergaminadas, maceradas por la lluvia y la tierra. Me tapé con una bata vieja de felpa que pretendía guardarme el calor, pero me sentía aterida aunque me arrebujara en sus profundidades. Hice amago de recordar que debía regar los geranios y sacudí la novela antes de sentarme a fumar el penúltimo cigarrillo. Al abrir el libro descubrí que había plegado el dobladillo de la página 17 hacia una eternidad.

Amanecía en ese momento. Era una aurora de saldo que se había desprendido de los rosas, de los malvas evanescentes y de los fuegos y que se agrisaba sobre las azoteas. Un nuberrío amargo se había instalado sobre la ciudad y no dejaba pasar los rayos del sol ni poco más que una llovizna tibia y a los insectos que llegaban de lejos, viajando en las corrientes de aire. Las fronteras solo habían desaparecido para la pandemia y para ellos, mientras nosotros nos confinábamos en casa o en los hospitales.

Inspiré y espiré humo, pensativa, mientras intentaba recordar los días azules, las nubes blancas, el olor del mar, la sensación de cansancio tras una caminata, el ruido de los mirlos entre la hojarasca del parque, los berrinches infantiles y hasta el petardeo de las motos de reparto de comida de los viernes por la noche y el rugido de las guaguas.

Entonces lo vi en el suelo, despanzurrado: un ejemplar de *Guerra y paz* de Tolstoi de bruces contra los azulejos, abierto por la mitad y cubierto por una fina película de limo. Me fijé en que alguien había perforado una de las tapas duras del libro y le había enganchado una tanza. Seguí el trayecto de la fina línea de hilo y la vi cruzar la calle y llegar a una ventana del edificio de enfrente, un piso por encima del mío. Pude percibir unas cortinas vaporosas de color escarlata que se enredaban con un frágil atrapasueños y una línea de macetas que rebosaban tomillo, albahaca, romero y cilantro. El hilo temblaba con la brisa, como comunicándose en un morse comprensible quizás para las liñas de las azoteas, esa mañana desnudas. Tironeé de la tanza, indecisa, hasta que mis ojos tropezaron, a mitad de calle, con algo que vibraba colgado de ella. Un par de tirones más y el objeto resbaló hasta mis manos: una cajetilla de mi tabaco preferido, prendida con un imperdible a la tanza. Alguien había dibujado un emoticono sonriente con rotulador negro en el plástico que la envolvía. "El campesino", firmaba ese alguien debajo de la carita. Había otros objetos colgando de la tanza: un pequeño termo de café ya frío y una bolsita de tela con un ejemplar de *La peste*, de Camus, y un puño de raquíuticos tomates que empezaban

a pudrirse dentro. Al observarlos con atención, me pareció observar una expresión de melindroso disgusto en las arrugas que agrietaban la piel roja de las frutas.